

“Tres desnudos y una certidumbre”

Santiago Daydí-Tolson

Antesala

Suele el silencio contener su propio eco:
cavidad en el aire ensimismada
o súbito encenderse de la luz:
desnuda voz del cuerpo iluminado.

Desnudos

I

Abandonada ya
--sin cuerpo--
sostiene la ropa
en su escorzo del vacío
-- ingle, muslos y cintura—
el laxo destensarse
del desnudo
en la hermosura.

II

Con gesto de entregar
se dejan las ropas en el suelo.
Quedan allí
tan vivas como un cuerpo
que durmiera en laxitud,
plenas de ensueños.
Como el otro,
el imantado cuerpo en pie
al que convergen
--encendiéndolo—
las brasas de la luz
más luz:
fulgor de lo desnudo.

III

Desde el ombligo,
nudo del nudo
en el desnudo vientre
se esparcen en la luz
--aura del vello, reverberar
del poro humedecido—
las formas en que el cuerpo
encuentra su moldura.
Vibra el espacio,
repleto de la luz
más viva
de todo el universo:
el cóncavo y convexo
entrelazarse
de hombro con pecho,
sexo y cintura,
pierna y abrazo
en que la mano, amante,
se sitúa, toca y establece.

Lo cierto de lo incierto

La espera es siempre incierta,
elemental el miedo
con que a diario y noche
a noche
se desdobra el estar
ensueñennada.

Hubo una vez el tacto
de lo asido apenas;
otras, hubo el fragor
--o encandilante mar—
de una zozobra al fin
no consumada.

Ahora en el momento está
la certidumbre,
el desganado entrar
o deslizarse, ya entregado,
en el abrazo, el esperado
encuentro. Pavoroso
es el beso de lo
definitivamente cierto.